

Presentación

Por *Liliana* WEINBERG*

En este 2016 se cumplieron cuatrocientos años de la muerte del Inca Garcilaso de la Vega, americano universal que, al reflexionar sobre la caída del imperio de los incas en manos de los españoles, llegó a evocar, en admirable síntesis de la historia de América, y a partir de las palabras escuchadas a los abuelos indígenas, “trocósenos el reinar en vasallaje”.

Opacada en muchos foros y medios por otros dos ineludibles aniversarios, el de la desaparición física, hace también cuatrocientos años, de Cervantes y de Shakespeare, defendemos que la figura del Inca no resulta menos representativa para los americanos y para el mundo entero: el autor de los *Comentarios reales* está colocado como ellos en un rico momento histórico en que el Renacimiento y el Humanismo abrieron desde ciertas zonas culturales de Europa la reflexión sobre la condición humana, redescubrieron la antigüedad clásica y recuperaron en sus fuentes el griego y el latín al mismo tiempo que abrieron cauces a través de la escritura a la dignidad de la lengua materna.

Bautizado como Gómez Suárez de Figueroa, él mismo adoptó el nombre con el que lo conoceremos para siempre: Inca Garcilaso de la Vega. Este nombre fue homenaje a sus dos linajes, el quechua y el español. Hijo de América, murió en España, reuniendo en su propia vida oceánica ambos continentes. En efecto, nació en el Cusco el 12 de abril de 1539 y murió en la Córdoba española el 23 de abril de 1616. Él mismo, descendiente por parte de madre de la aristocracia indígena y por parte de padre de la estirpe de los conquistadores (su padre fue sobrino del poeta Garcilaso de la Vega), escuchó desde niño por boca de sus mayores las costumbres de los incas y las noticias del descubrimiento y exploración de América. Reunió así en su propia persona, en su propia experiencia y en su propia memoria, las dos corrientes que habrían de dar lugar a un nuevo proceso de población y mestizaje. El Inca Garcilaso está así en el encuentro de ambos mundos y, más aún, él mismo lo representa

* Investigadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <weinberg@unam.mx>.

de manera eminente. Con poco más de veinte años de edad, a la muerte de su padre decidió pasar a España en un viaje que fue en sí mismo una aventura y un adelanto de las rutas que habrían de seguir el oro y la plata americanos: partió del puerto del Callao y logró por fin, después de muchos riesgos, llegar a Lisboa, de donde pasó a su vez a Extremadura. Tras reclamar sin éxito en la corte de Madrid las mercedes que correspondían a su padre, quien había pertenecido al grupo de Pizarro para luego unirse al del virrey Gasca, pasó a vivir en Montilla con la familia paterna. Se debatió, como era ideal de la época, entre las armas y las letras (un modelo que bien quedó consignado en el *Quijote*) y se batió contra los moros para dedicar más tarde su vida a la lectura y la escritura.

Profundo lector y conocedor de las obras del Humanismo, publicó en 1590 *La traduzion del indio de los tres Dialogos de Amor de León Hebreo; hecha de italiano en español por Garcilasso Inga de la Vega, natural de la gran ciudad del Cuzco, cabeza de los Reynos y Provincias del Perú*. Esta hazaña editorial contribuyó a divulgar una de las grandes lecturas del Humanismo, de sello neoplatónico, y fue poco después prohibida por la censura. En 1605 publicó en Lisboa su *Historia de la Florida y jornada que a ella hizo el gobernador Hernando de Soto*, mejor conocido como *La Florida del Inca*, alimentada con el diálogo que mantuvo con uno de los protagonistas de dicha expedición.

Y ha sido su obra mayor, los *Comentarios reales*, cuya primera parte se publicó en Lisboa en 1609 y cuya segunda parte apareció en edición póstuma, bajo el título de *Historia general del Perú*, en Córdoba, en 1617, la que lo convirtió en el padre de las letras americanas y nuestro primer prosista, adelantado de la lengua que tendió puentes entre la historia y la literatura.

En esta obra se reconstruye, desde la mirada de un testigo y con primorosos matices autobiográficos, la historia de la conquista española del Perú y la caída del imperio de los incas. Adelantado en el uso de fuentes, el Inca se apoyó en sus propios recuerdos, en fábulas, leyendas y relatos que le llegaron por tradición oral, así como en datos proporcionados por viajeros y cronistas (Francisco López de Gómara, Joseph de Acosta), en registros de sus ancestros (algunos de los cuales hoy consideraríamos arqueológicos) así como también en los registros que se llevaban en los *quipus*.

Talento de narrador y talento de historiador contribuyeron a recuperar para la posteridad la riqueza vital y cultural del Tahuantinsuyo y a recrear los avatares de un mundo en proceso de caída

y un mundo en proceso de instauración. En efecto: pocos han observado que el Inca llevó a cabo nada más y nada menos que el insigne registro del tránsito entre la amplia etapa de descubrimiento, exploración y conquista del continente americano y la instauración del mundo colonial.

Se trata así de un verdadero adelantado de la historia y de las letras americanas: no sólo fue representante del encuentro de dos mundos, de dos herencias, de dos lenguas, de dos culturas, sino también del momento fundamental de paso entre conquista y colonización. Más aún, como dice Mario Vargas Llosa, con el Inca la lengua española sale del reducido ámbito castellano para proyectarse en el amplio mundo y alcanzar carácter universal.

El Inca llegó a convertirse, como lo afirma Mercedes Serna Arnáiz, en un intérprete, traductor y comentador lingüístico y por tanto histórico, cultural y espiritual fidedigno, para quien la interpretación exacta de la palabra puede modificar la historia, y quien a través de la lengua y de la palabra intentará la reconciliación del Nuevo y el Viejo Mundo.

Julio Ortega establece un contrapunto entre la figura de Guamán Poma de Ayala y el Inca Garcilaso de la Vega, en cuanto, mientras el primero vivió desgarrado entre culturas, el segundo logró alcanzar una síntesis. Antonio Cornejo Polar vio también, en el contrapunto de las figuras de Guamán y el Inca, dos manifestaciones de la tensión y la heterogeneidad cultural nunca resueltas.

Para el Inca, como buen representante de las más tempranas generaciones americanas, y en cierto modo miembro de la nobleza indígena y española (si su madre fue princesa Inca, su padre estuvo emparentado con sectores de élite) no hubo en verdad diferencia entre ser indio, español o mestizo. Su conocimiento de varias lenguas (entre ellas el quecha, el español y el italiano), le permitió además convertirse en uno de los primeros traductores e intérpretes de la experiencia americana.

La mayor parte de los ensayos que se incluyen en este *dossier* fueron presentados en la jornada académica “El significado del Inca Garcilaso de la Vega: a 400 años de su muerte” que se llevó a cabo en la Universidad Nacional Autónoma de México el pasado 22 de abril, organizada por la Coordinación de Humanidades, la Facultad de Filosofía y Letras y el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.